

1. -- P. **Carmen Mele**, OP <cmeleop@yahoo.com>
2. -- P. **Jude Siciliano**, OP <FrJude@JudeOP.org>

1.

XXII DOMINGO ORDINARIO,

31 de agosto de 2025

Eclesiástico 3: 17-18, 20, 28-30; PD. 68;

Hebreos 12: 18-19, 22-24; Lucas 14: 1, 7-14

Parece que Jesús siempre está en camino en el Evangelio según san Lucas. No se queda mucho tiempo en un mismo lugar. Sin embargo, enseña constantemente. Desde que emprendió la marcha hacia Jerusalén, Jesús instruye a sus seguidores mientras camina. Es como si no quisiera perder ni una sola oportunidad de formar a sus discípulos antes de llegar a su destino. La lectura de Lucas de hoy es típica: dice que “Jesús *fue* a comer en casa de un fariseo”. Allí Jesús dará enseñanzas sobre la etiqueta del Reino de Dios.

Antes de examinar esta etiqueta, recordemos las lecciones de Jesús en los evangelios dominicales recientes. Cuando se encaminó hacia Jerusalén, dijo a sus discípulos que su misión era tan urgente que no había tiempo ni para enterrar a sus padres. El domingo siguiente les instruyó a viajar ligeros de equipaje porque había mucho territorio que cubrir. Después enfatizó la necesidad de amar a los enemigos con la parábola del Buen Samaritano y la prioridad de escuchar y meditar sus palabras en la visita a la casa de Marta y María. En los últimos domingos Jesús enseñó cómo orar, la necesidad de evitar la avaricia, la importancia de prepararse para su regreso, y el no temer a la división inevitable que resultaría de su misión. En resumen, Jesús quiere que sus discípulos —entre los que nos contamos nosotros— sean personas reflexivas en su relación con él y comprometidos en servicio a los demás.

La etiqueta nos ayuda a relacionarnos con los demás. Son reglas de conducta para no molestar a nadie, especialmente a nuestros bienhechores. El evangelio de hoy nos da dos principios de etiqueta que agradan a Dios en la búsqueda de su Reino. El primero tiene que ver con cómo pensamos en nuestros semejantes. No deberíamos considerarnos superiores a nadie. El discípulo de Jesús escogerá el último lugar en los banquetes para mostrar deferencia hacia los demás. Pero esto no debe convertirse en una estrategia para ser promovidos luego a un mejor puesto cuando llegue el anfitrión. Ese tipo de cálculo merecería la ira y no la bendición de Dios. Más bien, la deferencia ha de ser un reconocimiento de que todos somos imágenes de Dios con un destino eterno.

El segundo principio es que los seguidores de Jesús deben mirar más allá de sus amistades cuando dan una fiesta para invitar en cambio a los necesitados. En lugar de invitar a quienes pueden devolver la invitación, deberían acoger a los pobres, lisiados, cojos y ciegos. ¿Habla en serio Jesús? Sí y no. Es el lenguaje hiperbólico que él suele usar para enfatizar un punto. Cuando dice que “si tu ojo te hace caer en pecado, sácatelo...”, no habla literalmente sino figuradamente: debemos evitar la pornografía, por ejemplo. Cuando dice (como escucharemos en el texto original del evangelio del próximo domingo) que tenemos que “odiar” a nuestros padres y

familias para ser sus discípulos, no significa que les demos la espalda, sino que pongamos a él como la prioridad número uno en nuestras vidas.

“Invita a los pobres...” significa que pensemos primero en los necesitados antes de dar fiestas a nuestros amigos. Algunos lo hacen destinando el diez por ciento de sus ingresos a la caridad antes de gastar un peso en sí mismos. No es necesario que los invitados sean en necesidad física. Un obispo tiene en su calendario para el 25 de diciembre: “Comida con los sacerdotes”. Su intención es invitar a los sacerdotes retirados y sin familia, aunque no son pobres, lisiados, cojos o ciegos.

Jesús seguirá instruyéndonos en el discipulado en los próximos domingos mientras continúa en camino. Sin embargo, su enseñanza suprema vendrá cuando llegue a Jerusalén y sea entregado en manos de sus adversarios. Entonces nos demostrará el amor perfecto al extender sus brazos en la cruz.

Carmen Mele, OP <cmeleop@yahoo.com>

2.

"PRIMERAS IMPRESIONES"

22° DOMINGO -C-

31 de agosto de 2025

Eclesiástico 3: 17-18, 20, 28-30; PD. 68;

Hebreos 12: 18-19, 22-24; Lucas 14: 1, 7-14

por **Jude Siciliano** , OP

Queridos predicadores:

Jesús ha estado escandalizando a sus críticos al sanar en sábado. Hoy lo invitan a cenar en casa de un importante fariseo. Pero esta no es una reunión amistosa. Es una trampa.

Después de la cena, Jesús relata una parábola que va al corazón de su mensaje: «Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido». Los eruditos llaman a esto la «inversión mesiánica». En el reino de Dios, los despreciados y los últimos son lo primero. Aquellos que fueron marginados y etiquetados como «pecadores» —supuestamente castigados por Dios— son precisamente quienes reciben el favor de Dios.

Jesús nos reta a imitar la generosidad de Dios. Debemos invitar a quienes no pueden correspondernos, así como Dios nos ha invitado a este banquete, la Eucaristía. Aquí, en esta mesa, no somos invitados porque nos lo hayamos ganado. Dios no espera nada a cambio. Estamos aquí por pura gracia, el don gratuito de la vida, muerte y resurrección de Cristo.

La gratitud nos llama a actuar. Como nos insta la parábola de Jesús, debemos acoger al desanimado, al forastero, y alimentarlo con lo que más necesita: bienvenida, alimento, educación, protección. ¿Acaso esto no se refiere directamente a la difícil situación de los inmigrantes no deseados entre nosotros: hombres, mujeres y niños que se esconden por temor a ser arrestados o deportados, algunos incluso confinados en duros centros de detención, como el Caimán de Alcatraz? ¿Cómo podemos nosotros, discípulos de Cristo, hacerlos sentir honrados como huéspedes en la casa de Dios?

Es cierto que invitar a Jesús a nuestros hogares no sería fácil. En el evangelio de hoy, apenas se sienta, corrige a los invitados, que compiten por los puestos de honor. Luego, desafía al anfitrión, diciéndole a quién no invitar y quién debería estar en su mesa. Sus palabras rompen todas las reglas de etiqueta. Pero Jesús no está dando una lección de buenos modales; está describiendo el estilo de vida para sus discípulos, la conducta que refleja el reino de Dios.

La Carta a los Hebreos nos recuerda hoy: Jesús ha mediado una nueva alianza. No nos regimos por las normas de este mundo, sino por la vida que él hace posible. Claro que en la escuela debemos esforzarnos por sacar buenas notas, y en el trabajo, por el buen desempeño. Jesús no nos advierte contra eso. Su preocupación es más profunda: la motivación y los valores que guían nuestra vida.

Usamos nuestros dones no para nuestra propia gloria, sino para el bienestar de los demás. Nos esforzamos al máximo en nuestros estudios, nuestro trabajo y nuestros ministerios, no para obtener privilegios, sino para servir. Nos acercamos a los que Jesús llama: «los pobres, los lisiados, los cojos, los ciegos». No pueden recompensarnos, pero Jesús promete: «Serás verdaderamente bendecido».

Así pues, el evangelio de hoy no deja lugar a dudas: solo Dios exaltará a quienes viven con la humildad que describe Jesús. Esto no significa que nunca debamos invitar a amigos a cenar. Claro que podemos —y debemos— compartir comidas que fortalezcan nuestras amistades y forjen una comunidad. Pero Jesús nos advierte que no reduzcamos la hospitalidad al interés propio, que no invitemos solo a quienes puedan corresponder al favor.

Nunca debemos olvidar a los pobres, a los hambrientos, a los marginados, a los marginados de la sociedad. Necesitan nuestra voz, nuestra presencia, nuestra defensa. Cuando los acogemos, no buscamos reconocimiento ni recompensa. Dejamos la recompensa en manos de Dios.

Así pues, nos dirigimos a la mesa que tenemos ante nosotros. En esta Eucaristía, no somos los anfitriones; Jesús lo es. Nos ha invitado por amor, no porque busque algo de nosotros. Nos ofrece comida y bebida elegidas por él: pan y vino, signos de su entrega total. Jesús nos prepara para un banquete donde los más necesitados recibirán honores y plenitud. Puesto que así será, debemos practicar el reino ahora: actuar de maneras que reflejen el reino del que ya somos ciudadanos; tratar a los pobres como huéspedes de honor en nuestras vidas.

Aquí, las distinciones sociales, económicas o políticas se desvanecen. Compartimos la presencia viva de Cristo resucitado. Nos acercamos más a él y a los demás.

Es una lección de humildad compartir esta comida tan generosa. Jamás podríamos compensarlo. Y, sin embargo, él continúa abrazándonos con un amor inagotable.

Haga clic aquí para obtener un enlace a las lecturas de este domingo:

<https://bible.usccb.org/es/bible/lecturas/083125.cfm>